

relato sospechoso. ¿Cuánto tiempo hace de eso?

MENSAJERO.—Más de una hora, señor.

COMINIO.—No hay ni una milla de distancia y oímos prontamente sus tambores. ¿Cómo has podido gastar una hora en caminar una milla y traer las nuevas tan tarde?

MENSAJERO.—Los espías de los volscos me dieron caza y tuve que dar un rodeo de tres ó cuatro millas. A no ser por esto, hace media hora que habría traído las noticias. *(Entra Marcio.)*

COMINIO.—¿Quién llega allí cubierto de sangre que parece desollado? ¡Oh dioses! Por su porte diría que es Marcio! Ya le he visto así tiempo há.

MARCIO.—¿Llego tarde?

COMINIO.—No conoce el pastor el trueno tanto como yo la voz de Marcio entre las de todos los demás.

MARCIO.—¿Llego tarde?

COMINIO.—Sí, si la sangre que te cubre es la tuya y no la de tus enemigos.

MARCIO.—¡Oh! Dejadme que os estreche en mis brazos, vigorosos ahora como en los mejores días de mi juventud y con un corazón tan alegre como el día de mis nupcias cuando las antorchas alumbraban el tálamo.

COMINIO.—Flor de los guerreros ¿cómo se encuentra Tito Larcio?

MARCIO.—Ocupado en dar decretos: condenando á algunos á muerte, y á otros á destierro; admitiendo el rescate de éste, compadeciendo á aquél, amenazando á tal otro; manteniendo á Coriolos en nombre de Roma, como á un sumiso lebrél atrahido y que se sujeta ó se suelta á voluntad.

COMINIO.—¿Dónde está ese esclavo que me dijo os habían batido hasta vuestras trincheras? ¿Dónde está? Que vayan por él.

MARCIO.—Dejadle tranquilo. El os dijo la verdad; estos señores plebeyos... la masa común (¡mala peste! ¡y darle tribunos!) ha huído ante la canalla de

los volscos, más miserable que ella, como huye del gato el ratón.

COMINIO.—¿Pues y cómo prevalecisteis?

MARCIO.—No tenemos ahora tiempo para entretenernos en eso? ¿Dónde está el enemigo? ¿Sois dueños del campo? Y si no: ¿por qué no lucháis hasta serlo?

COMINIO.—Marcio; hemos combatido con desventaja, y nos hemos retirado para asegurar nuestro propósito.

MARCIO.—¿En qué dirección tienen su línea de batalla? ¿Sabéis dónde han colocado sus tropas escogidas?

COMINIO.—A lo que presumo, Marcio, las tropas de vanguardia son los de Antío, sus soldados de confianza; y á la cabeza de ellos está Aufidio, que es su principal esperanza.

MARCIO.—Os ruego por todas las batallas en que hemos combatido juntos, por la sangre que juntos hemos derramado, y por la promesa que nos une de ser siempre amigos, que me enviéis inmediatamente contra Aufidio y los suyos. No lo dilatéis un solo instante; relumbren en alto las espadas y las picas... pongamos á prueba ahora mismo...

COMINIO.—Aunque mi deseo sería haceros conducir á un baño templado y aplicar bálsamo á vuestras heridas, jamás me atreveré á rehusar lo que demandáis. Escoged vos mismo aquellos que mejor podrán ayudaros en la empresa.

MARCIO.—Esos serán los que quieran seguirme. Si hay aquí algunos (y sería pecado el dudarlos) que gusten del tinte de que estoy bañado; si alguno estima en más su persona que una mala reputación; y cree que más vale una noble muerte que una mala vida, y que no debe amarse á sí mismo más que á la patria; levante las manos para expresar su voluntad, y siga á Marcio. *(Todos lanzan aclamaciones y levantan las espadas, y lo toman en brazos.)* ¡Dejadme, dejadme! ¿Acaso soy yo una espada para que me

levantéis así? Si estas demostraciones son sinceras ¿cuál de vosotros no vale por cuatro volscos? Cualquiera de vosotros podrá oponer á Aufidio un escudo tan fuerte como el suyo. A todos doy gracias; pero debo elegir cierto número: los demás harán su deber en otros encuentros. Pero hay que obedecer las órdenes. Poneos en marcha, y cuatro de vosotros escogerán brevemente á los que deben estar bajo mi mando, entre los de mejor voluntad.

COMINIO.—En marcha, compañeros; probad que no os entregáis á vana ostentación, y lo partiremos todo con vosotros. *(Salen.)*

### ESCENA VII

#### Las puertas de Coriolos

TITO LARCIO, puesta una guarnición en Coriolos, se dirige con un tambor y un corneta hacia COMINIO; y CAYO MARCIO entra con un TENIENTE y un guía.

LARCIO.—Guardad las puertas, y cumpla cada cual el deber que se le ha señalado. Si lo requiero, enviad esas centinelas en ayuda nuestra. Las restantes servirán para mantener por breve espacio el puesto; porque si perdiésemos la batalla no podríamos conservar la ciudad.

TENIENTE.—Podéis estar tranquilo, señor.

LARCIO.—Cerrad las puertas tras de nosotros. Adiós. Guía, condúcenos al campo romano. *(Salen.)*

### ESCENA VIII

#### Campo de batalla entre los campamentos romano y volseo

Alarma.—Entran MARCIO y AUFIDIO.

MARCIO.—No combatiré á ninguno sino á ti; pues te detesto más que al falso que falta á su palabra.

AUFIDIO.—No te aborrezco menos. No hay en Africa sierpe más odiosa para mí que tu fama y tu envidia. ¡En guardia!

MARCIO.—Que el primero de los dos que retroceda, muera esclavo del otro y condénenle los dioses en la otra vida.

AUFIDIO.—Si huyo, Marcio, llámame gallina.

MARCIO.—En las tres horas últimas, Tulo, me he batido yo solo dentro de vuestros muros de Coriolos, é hice lo que quise. La sangre que ves en todo mi cuerpo, es la de los tuyos. Para vengarte, reúne todo tu esfuerzo.

AUFIDIO.—Si fueses el mismo Héctor, aquel azote de tu maldita raza, no me escaparías ahora. *(Luchan, y algunos volscos acuden en ayuda de Aufidio.)* ¡Oh importunos! me habéis cubierto de vergüenza con vuestra maldecida intrusión.

*(Salen lidiando, acosados por Marcio.)*

## ESCENA IX

## El campamento romano

Alarma.—Toque de retirada.—Entran por un lado COMINIO y romanos; por el otro lado MARCIO con el brazo vendado, y otros romanos.

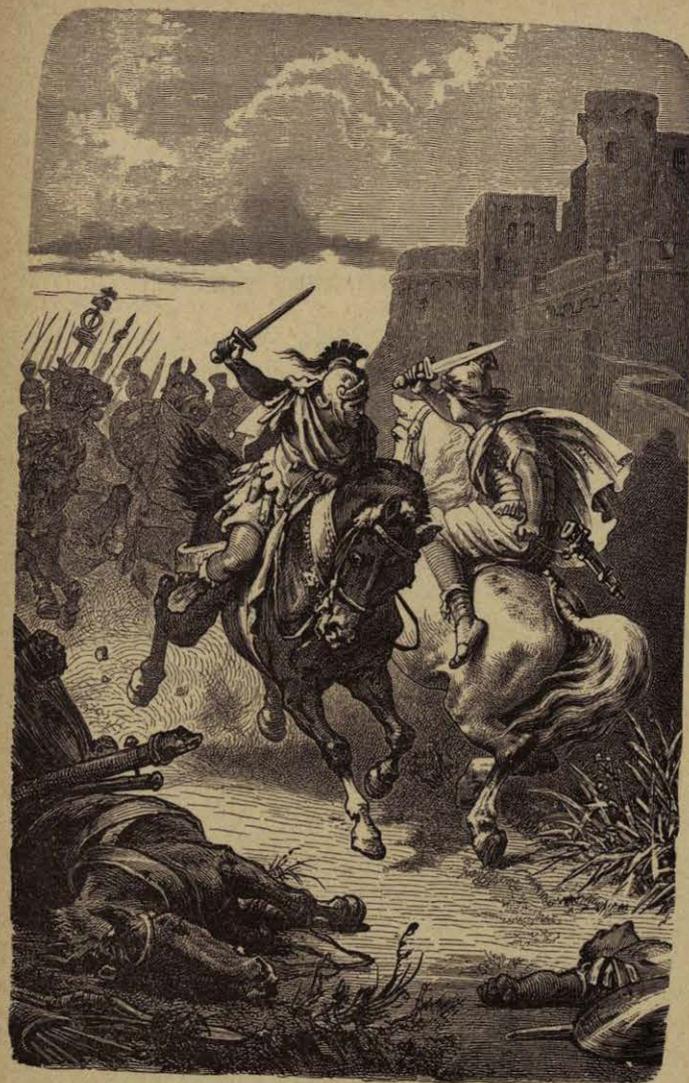
COMINIO.—Si me pusiera á referirte las proezas de este día, tú mismo no querrías creer tus hazañas; pero guardo mi relato para Roma donde los senadores sentirán mezclarse sus sonrisas con sus lágrimas: donde los grandes patricios escucharán trémulos de emoción y llenos de asombro: las damas palideciendo de espanto, estarán ansiosas de escuchar más todavía; y los vulgares tribunos que junto con el turbulento populacho aborrecen tus honores, dirán á pesar suyo y en el fondo de su corazón: «¡Gracias demos á los dioses, pues concede á Roma semejante soldado!» Y sin embargo, cuando viniste á tomar parte en este banquete, ya te habías saciado en otros.

(Entra Tito Larcio con sus tropas, de regreso de la persecución).

LARCIO.—¡Oh general! Vedle; es la espada de Roma; nosotros, la vaina. ¿Has visto...?

MARCIO.—Por favor, basta. Mi madre, que tiene carta blanca para ensalzar su sangre, me ofende cuando me elogia. Hice lo mismo que vosotros; lo que he podido: he tenido el mismo móvil que vosotros, el bien de la patria: y cualquiera que haya satisfecho sus aspiraciones ha eclipsado mis hazañas.

COMINIO.—No habéis de ser vos mismo quien ahogue el propio merecimiento. Roma debe conocer el valor de los suyos; y sería peor que un robo y tanto como una perfidia el ocultarle vuestros hechos y pasar en silencio aquello que en la cumbre de la notoriedad y del aplauso parecería aún dema-



*Lucha entre Anfidio y Coriolano*

siado modesto. Os requiero por tanto para que me oigáis, en presencia del ejército. No pretendo recomendaros, sino dar público testimonio de vuestro valor.

MARCIO.—Tengo en el cuerpo unas cuantas heridas que empiezan á reclamar la cura.

COMINIO.—Y si las olvidásemos, podrían muy bien sublevarse contra la ingratitud y asilarse en la muerte. De todo el tesoro que en caballos, armas y valores hemos ganado en el campo y en la ciudad, os entregamos la décima parte, que se elegirá á vuestra voluntad antes de que se haga distribución alguna.

MARCIO.—General, os doy gracias; pero no puedo inducir mi corazón á que consienta en tomar lo que parecería una paga á mi espada. Así, la rehuso, y me limitaré á partirla por igual con los demás que han tomado parte en nuestra hazaña. (*Música.—Todos claman «¡Marcio! ¡Marcio!» y levantan en alto sus cascos y lanzas.—Cominio y Marcio permanecen descubiertos.*) ¡Ojalá nunca vuelvan á sonar esos instrumentos que profanáis! Cuando los tambores y las trompetas del campamento se hacen aduladores, ya sólo ofrece éste, como la ciudad y la corte, el aparato y exterior de la perfidia. Truécase el acero en simulacro de guerra, cuando se hace tan blando como la seda del parásito. Basta digo; que no hay por qué lanzar aclamaciones hiperbólicas si no lavé un poco de sangre, ó si derribé á algún pobre diablo; cosas que tantos otros habéis hecho sin llamar la atención. No gusto de que lo poco que hago vaya aderezado con mentirosas alabanzas.

COMINIO.—Exageráis vuestra modestia, y sois más cruel con vuestra propia fama, que reconocido á los que os la otorgamos sinceramente. Si os enconáis contra vos mismo (como quien busca su propio daño), os pondremos esposas para poder razonar con vos sin peligro. Sea, pues, sabido del mundo entero, como lo es de nosotros, que á Cayo Marcio pertene-

ce todo el honor de esta guerra; en prenda de lo cual le doy mi noble corcel, bien conocido en el campamento, con todos sus jaeces y adornos, y desde hoy en memoria de lo que hizo en Coriolos, apellídadle en medio del clamor y aplauso de todo el ejército: «Cayo Marcio Coriolano», y lleve siempre este noble sobrenombre.

(Música. Trompetas y tambores.)

TODOS.—¡Cayo Marcio Coriolano!

CORIOLO.—Voy á lavarme, y cuando haya limpiado de sangre mi rostro, veréis si me ruborizo. Pero aceptad mi agradecimiento. Pienso usar vuestro caballo; y en todo tiempo haré cuanto pueda por justificar el sobrenombre que me dais.

COMINIO.—Ahora, vamos á mi tienda, y antes de tomar ningún descanso, escribiré á Roma nuestro éxito. Vos, Tito Larcio, volved á Coriolos y enviadnos á Roma á sus mejores ciudadanos, para que podamos estipular con ellos lo más conveniente á nuestro bien y al suyo.

LARCIO.—Así lo haré, señor.

MARCIO.—Los dioses principian á burlarse de mí. Yo, que hace un momento rehusaba una dádiva de príncipe, tengo ahora que mendigar un favor de mi general.

COMINIO.—Tómalo: es tuyo. ¿Cuál es?

MARCIO.—He solido de vez en cuando albergarme aquí en Coriolos en casa de un hombre pobre, que me trató afablemente. Clamó por mi auxilio y le ví prisionero; pero en ese instante estaba Aufidio á la vista, y la cólera que me inspiraba me hizo olvidar la compasión. Os pido que libertéis á mi pobre huésped.

COMINIO.—¡Oh! Noble petición! Aunque hubiese muerto á un hijo mío, quedaría libre como el viento. Ponedle en libertad, Tito.

LARCIO.—Marcio: ¿cómo se llama?

MARCIO.—¡Por Júpiter! Se me ha olvidado. Estoy

tan fatigado, que mi memoria se resiente de ello. ¿No hay por aquí un poco de vino?

COMINIO.—Vamos á mi tienda. La sangre empieza á secarse en vuestro rostro. Es tiempo de que atendamos á esto. (Salen.)

## ESCENA X

### El campamento de los volscos

Música. Cornetas. Entra AUFIDIO ensangrentado con dos ó tres soldados.

AUFIDIO.—La ciudad está tomada!

SOLDADO 1.<sup>o</sup>—La devolverán con buenas condiciones.



AUFIDIO.—¡Condiciones! Desearía ser romano, pues siendo volscos no puedo mostrarme como soy. ¡Condiciones!; ¿Y qué condiciones favorables puede esperar el vencido que está á merced de su adversario? ¡Oh, Marcio! He combatido contra ti cinco ve-